

PQ 7297

.D35

A15

v. 1



FONDO HISTORICO
R: CARDO COVARRUBIAS

155963



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

En ninguna parte mejor que al frente del primer tomo de las obras de un autor, y más si esas obras se recopilan en una Biblioteca del género de la presente, caben las noticias biográficas del mismo autor. Porque—aparte de la natural curiosidad que se despierta casi siempre en los lectores de un libro por conocer la personalidad del escritor que los deleita ó que los instruye, hay que satisfacer la necesidad que existe de acopiar datos y fechas que más tarde habrán de utilizar los historiadores de las literaturas regionales, y que á su vez aprovecharán los que á la universal consagran sus estudios.

Green, ó aparentan creer, los que desdeñan esta clase de noticias, que basta saber el nombre y la nacionalidad del novelista, del poeta, del filósofo, del historiador, etc., y afirman que *se conoce el árbol por sus frutos*, como si tratán-

Delgado.—A.

dose de lucubraciones del espíritu tuviera exacta é invariable aplicación el manoseado apotegma. En cambio, otros, que son los más, y entre ellos los más dignos de ser escuchados, opinan que entra por mucho en la predilección de que son objeto ciertas inteligencias superiores, las cualidades personalísimas, peculiares, de los que han reflejado en sus obras su virtud y su ciencia, ó, cuando menos, han recogido en ellas las fragantes y hermosas flores de su imaginación cultivada. Los primeros dicen que se conforman con una lacónica bibliografía; los segundos quieren que á ésta la acompañen é ilustren disquisiciones sobre la época, las costumbres, la educación, los gustos, y sobre todo aquello que más derechamente ha podido influir en el desarrollo de la inteligencia cuyas son las producciones que se enumeran.

Para no ir á buscar en ajenas historias literarias una muestra ó ejemplo de lo que deben ser las bibliografías si se desea que no semejen vulgar catálogo de librería, citemos las magistrales noticias que de autores mexicanos del siglo XVI nos dejó el sabio García Icazbalceta. Y como podría objetárenos que los trabajos del ilustre académico versaron siempre sobre asuntos y personajes de lejanos tiempos, diremos que tratándose de contemporáneos, hay más razón todavía para dar á conocer, no solamente sus obras, sino su propia vida, toda vez que este justo homenaje entraña una enseñanza y un estímulo para los jóvenes que aspiran á algo más que á la pasajera satisfacción que causa el aplauso de las personas que á su alrededor viven, y porque los aman, los admiran.

Las consideraciones que preceden y otras que en anteriores escritos de la misma índole del presente he expuesto, hánme animado á no abandonar el cultivo de la biografía cuando he sentido impulsos de romper la pluma para ahorrarme las desazones que produce el ver cómo á la labor más noble y honradamente ejecutada, se le da torcida interpretación, y esas mismas consideraciones me decidieron á obsequiar la invitación que el editor de esta Biblioteca me dirigió con el fin de que le proporcionara una noticia biográfica del aplaudido novelista Don Rafael Delgado, para colocarla al frente de las obras de tan atildado escritor. Tengan presentes estas declaraciones los que me llamen biógrafo impenitente al ver que no abandono el cultivo de este género de literatura, que ha sido desde mi mocedad el de mi predilección.

Hijo del Sr. D. Pedro Pablo Delgado y de la Sra. Doña María de Jesús Sainz Herosa, ambos de muy distinguidas y opulentas familias de la ciudad de Córdoba [Veracruz], nació D. Rafael Delgado el día 20 de Agosto de 1853, en la ciudad que acabamos de nombrar. Su abuelo paterno procedía de San Andrés Chalchicomula [Puebla] y el materno era oriundo de Ramales en las montañas de Santander (España). El primero ocupó en Córdoba puestos muy prominentes. Establecido allí desde muy joven, desempeñaba, según tenemos entendido, el cargo de Alcalde de esa entonces Villa, cuando Iturbide y O'Donojú se reunieron para tratar de la Independencia. El Sr. Delgado, con otros individuos del Ayuntamiento cordobés, fué en co-

misión hasta Orizaba para recibir al Libertador.

El abuelo materno del Sr. Delgado fué un buen español, honrado y laborioso, que llegó á hacer una gran fortuna. Tuvo muchos hijos, entre los cuales se cuenta al Sr. Dr. D. José María Sainz Herosa, que hizo una brillante carrera eclesiástica pues fué Doctoral de la Colegiata de Guadalupe, Canónigo de la Catedral de Jalapa, y Doctoral de la de Puebla. De este sacerdote heredó nuestro biografiado una selecta y rica biblioteca.

El padre de D. Rafael fué por muchos años Jefe Político de Córdoba y murió pensionado por el Gobierno de Veracruz, siendo Secretario de la Jefatura Política de Orizaba. Su honradez proverbial y su austera rectitud le concitaron, cuando era autoridad en Córdoba, no pocos enemigos. En lucha con éstos, dió muestras de su ánimo noblemente templado y de su energía incomparable, así como probó mil veces en su administración dotes de prudente gobernante. Retirado de la política dedicóse á sus negocios propios en una finca de campo, y aunque no dista mucho de Córdoba, se estableció él con su familia en Orizaba, ciudad en la cual debió haber nacido el novelista que en brillantes y correctísimas páginas ha descrito la bellezas de la industriosa ciudad veracruzana. Decimos que en Orizaba debió haber nacido, porque por caso fortuito vió la primera luz en Córdoba, de la cual fué llevado á Orizaba cuando no contaba dos meses de existencia. Después, en la poética Pluviosilla, como con tanto acier-

to como fortuna llama á Orizaba, pues el nombre se ha hecho verdaderamente popular, ha pasado casi toda su vida.

Allí mismo, en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, establecimiento con justicia afamado y del que era Director D. José María Ariza y Huerta, de grata memoria, hizo D. Rafael Delgado la instrucción primaria elemental, hasta que en Enero de 1865 fué traído á la ciudad de México y puesto en el Colegio de Infantes de la Colegiata de Cuadalupe, plantel entonces floreciente, en el cual solamente logró completar su instrucción primaria, pues en Febrero de 1866, en atención á que la capital iba á ser sitiada por las tropas republicanas, fué llamado al seno de su familia. Esta había ido á menos, arruinada por las guerras civiles que en aquellos años de triste recordación sembraban por todas partes luto y pobreza.

El Sr. Delgado, padre, que como hemos apuntado ya, al dejar los cargos públicos se dedicó á las labores del campo, había hecho desde 1862 cesión de bienes y empleándose en la administración de intereses ajenos. Por cierto que, dicho sea de paso, el concurso del Sr. Delgado es célebre en el foro veracruzano, por la integridad del cesionario, y por haber durado diez y ocho años, no menos que por haber sido los bienes cedidos superiores con exceso al importe de las deudas, sin embargo de lo cual esos bienes sólo sirvieron de botín para cuantos en el concurso intervinieron; no así para los acreedores que fueron los que menos alcanzaron.

En Mayo de 1868 entró D. Rafael Delgado

en el Colegio Nacional de Orizaba, reorganizado por aquellos días por el tan sabio cuanto modesto jurisconsulto Lic. D. Silvestre Moreno Cora, eminente como literato, integérrimo como Magistrado y nunca loado lo bastante como educacionista y mentor de la juventud. En dicho Colegio hizo lo que ha venido á llamarse estudios preparatorios, teniendo por principales maestros al mencionado Sr. Moreno Cora, al hermano de éste, D. Aniceto y al Sr. Lic. Don José de Jesús Jiménez.

Hasta ocioso parece decir con cuán grande aprovechamiento frecuentó las aulas el señor Delgado, pues basta recordar que de discípulo pasó á maestro y maestro meritísimo. De labios del Sr. Moreno Cora sabemos que desempeñó durante diez y ocho años, desde el de 1895, las cátedras de Geografía, Historia Universal—tres cursos,—é Historia especial de México, siendo el introductor del estudio de la Geografía histórica y sacando muy buenos y aprovechados discípulos, por la inteligencia que demostraba en sus lecciones y el gran empeño que tomaba por el adelanto de los alumnos. De más de esto, soportó con resignación las épocas de verdadera penuria por las cuales pasó el Colegio, sin que la cortedad del sueldo ni la irregularidad con que le era pagado le apartaran del cumplimiento de sus deberes como profesor, revelando así que el afecto al establecimiento en que recibió su educación literaria, y no mezquino interés, le movía á continuar prestando sus servicios; servicios penosos y hasta abrumadores, para los que no ven en el magisterio un sacerdocio y por

lo mismo no lo ejercen, como él, noble y desinteresadamente. Y como aquellas tareas no le bastasen, por lo exiguo de los emolumentos, para llenar las obligaciones y necesidades que la vida impone, hubo época en que regenteó al propio tiempo que las mencionadas cátedras, varios establecimientos de instrucción primaria. Nada de eso fué, sin embargo, suficiente para apartarle de los estudios literarios á que desde niño se inclinaba con verdadera vocación que sus cariñosos padres fomentaron y que le apartó en los años juveniles de los peligros comunes á esa edad. Su padre, sin ser dado á las letras, gustaba de la lectura, tenía buenos libros y, aunque en modestísima medida, le proporcionaba obras nuevas. Había en su hogar la costumbre de leer después de la cena y él era el lector. Conoció entonces casi toda la literatura mexicana, con especialidad á los autores costumbristas, predilectos del padre de Delgado,—que tanta influencia han ejercido en su manera novelar, como él mismo lo reconoce.

A esos estudios unió el de la apología católica persuadido,—él nos lo ha dicho,—de que el conocimiento profundo de la religión de sus padres le era indispensable.

Sus aficiones literarias llevaron á Delgado á cultivar la literatura dramática. Consagróse á ella y estudió el teatro griego, el latino, el francés y el italiano. Los dramaturgos alemanes, así como Sakespeare le son conocidos, aunque no en la lengua original. Los críticos y los historiadores literarios le han ocupado largas horas. Todos esos estudios los hizo bajo la direc-

ción amistosa, querida y respetada del Sr. Moreno Cora, quien siempre puso á su disposición su rica biblioteca.

Quien así había nutrido su espíritu y dado pábulo á sus aficiones dramáticas, natural era que emplease su pluma en trabajos de ese género. Así sucedió; y en 1878, dió al teatro dos obras: *La caja de dulces*, drama en tres actos, en prosa, y *Una taza de té*, proverbio en un acto, en verso, producciones que fueron representadas por el actor español Don Enrique Guasp de Péris, cuya reciente pérdida lamentamos todos los que veíamos en él á uno de los más fervorosos amantes del arte y á uno de los contados actores que han alentado á los autores mexicanos.

Cuando se estrenó la primera de esas obras, *La caja de dulces*, los amigos y admiradores del autor, aficionados á las letras muchos de ellos, dieron á Rafael Delgado un banquete y le regalaron una corona de plata y una pluma de oro; demostraciones que recuerda con ternura y gratitud y que fueron para él poderoso estímulo.

Al año siguiente dió al teatro una traducción del delicioso proverbio de Octavio Feuillet: *El caso de conciencia*, y más tarde el monólogo *Antes de la boda*.

La poesía lírica, si bien no ha sido objeto principal de su predilección, ha sido cultivada por Delgado con muy buen éxito particularmente de los diez y seis á los treinta años, período en el cual publicó muchos versos. Entre sus sonetos, los que describen algunos espec-

táculos de la naturaleza en las cercanías de Orizaba, pueden sostener dignamente la comparación con los que sobre los mismos asuntos escribió Pesado, y mejor elogio no cabe. En el Album publicado con motivo de las bodas de oro del Ilmo. Arzobispo Labastida figura una oda de Delgado, escrita en el metro enaltecido por Manzoni en su famosísima canto á la muerte de Napoleón, oda que es, en concepto de entendidos críticos, una de las mejores producciones de nuestro biografiado.

En el año de 1881, por iniciativa del Sr. Moreno Cora, Rector del Colegio, fundóse en Orizaba la "Sociedad Sánchez Oropeza," y en su sección literaria trabajó Delgado empeñosamente. Por espacio de más de seis años esa Sociedad dió una velada literaria cada mes, y casi en todas ellas tomó parte Delgado, siendo notables entre los estudios que con el nombre de *Conversaciones* leyó entonces, el que se intitula "El amor al libro," así como otros tres, dedicados al estudio de los poetas líricos contemporáneos Leopardi, Núñez de Arce y Becquer. Llenas están muchas páginas del Boletín que la "Sociedad Sánchez Oropeza" publicaba, con trabajos así en verso como en prosa, del entendido profesor que nos ocupa. Y es esta oportunidad propicia para tributar merecida loa al fundador y sostenedor de dicha Sociedad, por haber dedicado su saber y sus energías al despertamiento del amor á las letras en la hermosa ciudad veracruzana, en una época en la que ni en la capital misma de la República se miraban

con interés, ya no con fervoroso entusiasmo, las nobles lides de la inteligencia. Cuando se escriba con detenimiento y abundante acopio de datos la historia de la literatura en México, el Boletín de la modesta Sociedad orizabeña proporcionará documentos inestimables para demostrar que más de una vez en esas que desdeñosamente llaman los escritores capitolinos ciudades de segundo ó tercer orden, ha ardido y lanzado vivos resplandores el fuego sagrado que purifica y engrandece á los pueblos. Se verá entonces cómo sin cenáculos ni soberbias magistraturas, sin profanaciones orgiásticas, en los humildes salones de un colegio provinciano se ha alzado un altar al arte y se ha amado lo bello, nada más que lo bello.

Volviendo á nuestro autor, diremos que entre los frutos más delicados de su ingenio figuran los *Cuentos* que forman el libro con que el editor de esta BIBLIOTECA ha querido dar hoy principio á la publicación de las obras selectas de D. Rafael Delgado, seguramente porque en esos cuentos se ve cómo nació y cómo fué desenvolviéndose la facultad creadora de uno de nuestros primeros novelistas, hasta llegar á colocarse al lado de los más célebres cultivadores del género literario que comparte con la novela de largo aliento los favores ó, mejor dicho, la predilección del público lector aquí y en todas partes. El género no es en verdad nuevo, pues existen numerosas producciones de la misma índole de muy distintas épocas, llamándoseles leyendas, novelas cortas, relatos de sucesos, etc., etc., y también *cuentos*, como ahora se es-

tila; abarcando en esta denominación desde las más fantásticas lucubraciones hasta las sencillas narraciones con que se ha cautivado siempre la atención de los niños. Caben hoy en el cuento la fábula y el apólogo en prosa, con resabios de hondas filosofías, como caben en él las lecciones de historia anecdótica ó popular á la manera de las *Tradiciones peruanas* que con tanta fortuna vulgarizó Ricardo Palma en la América hispana. La boga y privanza del cuento débese, á mi entender, á su corta extensión y ningunas pretensiones, sin que esto quiera decir que no exija al autor dotes singularísimas; casi las mismas que al verdadero novelista. Quien no posea facultades descriptivas, quien no sepa manejar el diálogo con soltura, quien no tenga un estilo fácil y pintoresco y no acierte á revestir de encanto y de interés asuntos que á primera vista no merecen ocupar nuestra atención, debe renunciar á escribir cuentos. Porque éstos han conquistado en nuestros días el auge de que disfrutaban, gracias á los primores de la forma, las más de las veces hasta llegar á constituir muchos de ellos verdaderas joyas de subido precio, por la habilidad del artífice más aún que por la substancia ó materia en que fueron labrados. Los cuentos que no reúnen las excelencias y primores de la obra artística, son incoloros, desabridos, fútiles, aun para los lectores de gusto menos exquisito y menos exigente.

En los de Rafael Delgado se nota ó descubre la influencia de los de Alfonso Daudet, maestro en el género, como lo fué también en la que podríamos llamar la alta, la gran novela. Bien

sabido es que Daudet, antes de elevarse á las superiores esferas en que llegó á ser un astro de primera magnitud, fué un cuentista delicioso, y que las *Cartas de mi molino*, las *Cartas á un ausente* y los *Cuentos del lunes* forman, por decirlo así, el hermoso pórtico del templo de su gloria literaria, y todos saben también que su habilidad para cincelar pequeñas obras maestras, como dijo Zola al estudiarle, preocupó á sus amigos cuando intentó ensanchar el espacio en que su espíritu se había cernido, es decir, en su ascensión del cuento á la novela. Aquella preocupación desvaneci6se bien pronto; el amable provincial demostr6 que en sus cuentos habia ejercitado sus fuerzas como previa preparaci6n para acometer empresas de largo aliento.

Así Rafael Delgado,—en cuyos *Cuentos* se nota, como acabamos de apuntar, la influencia de la provechosa lectura de los de Daudet,—ensay6 sus fuerzas, ejercit6 sus facultades en páginas que fueron feliz augurio de más duradera gloria que la que alcanza el autor de simples cuentecillos sin trascendencia moral ni literaria. Son en su mayor parte bocetos de novela; pero bocetos primorosos, como aquellos que los pintores no llegan á trasladar á lienzos de grandes proporciones y que, sin embargo, por la maestría con que han sido trazados, por la brillantez de su colorido, por la pureza de sus líneas, por la expresi6n de sus figuras, se hacen dignos de figurar en una galería artística, y con efecto, figuran en ella á las veces, ó cuando menos entre los ejemplares predilectos de los *amateurs* que saben descubrir y admirar las excelencias

de las obras aún inconclusas. El vulgo y los que sin formar parte de él no tienen sin embargo el ojo experimentado ni la intuición reveladora de la belleza estética, no pueden darse cuenta de lo que significa en las esferas del arte literario una narración episódica, brevísima, á grandes rasgos, y que versa sobre un asunto que, á lo que creen, sólo pudo ocupar al autor que le dió importancia sin merecerla. No así los que poseen la facultad de leer entre líneas, y á quienes basta que se les inicie un pensamiento para darle todo el desenvolvimiento de que es susceptible. Para éstos, no pasan inadvertidas la galanura del lenguaje, la verdad de las descripciones, la intención, la moral del cuento, ó sea la enseñanza que sin dogmatismos ni imposiciones encierra dentro de sus estrechos límites.

En las páginas de este libro encontrarán sus lectores suficientemente demostrada la justicia de las observaciones que de apuntar acabo respecto al género literario que desde tan diversos puntos puede ser estudiado, que tan varios aspectos reviste, que tan distintas ideas informan y en el que, por su misma complejidad que tanto le asimila con la novela, están comprendidos los múltiples asuntos que la vida humana y el modo de ser de las sociedades ofrecen al escritor para ejercitar sus facultades; ya le conducen éstas á la atenta observación y fiel traslado de la naturaleza, ó al análisis psicológico, bien al idilio enternecedor ó á la sátira fina y punaante. No son naderías, ni baladís, ni insignificantes chascarrillos los cuentos, por breves y

ligeros que sean, debidos á plumas expertas como la de Rafael Delgado. En aquel que menos atractivos parezca tener, siempre se hallará la forma exquisita, el sabor delicioso de una prosa castiza y los chispazos del ingenio.

¿Para qué referir el argumento de los que me parecen más delicados ó más bellos? Va el lector á solazarse con aquellos que más á su gusto cuadren: en uno verá cómo un amigo generoso y bueno aparta á un joven del abismo del suicidio; en otro asistirá al despertamiento del amor en el corazón de un niño que más tarde — si llega á leer la *Angelina* de Rafael Delgado, — mirará convertido en el apasionado Rodolfo, hermano gemelo del Efraim de Jorge Isaacs. Páginas adelante repercutirá en su alma la honda y amarga queja del patriotismo encarnado en un viejo veterano que vertió su sangre en Padierna y Churubusco en lucha desigual con el rapaz invasor, y cuyas heridas, más aún las del alma que las del cuerpo, sangran cuando lee en un periódico la noticia de que en prenda de reconciliación se quiere devolver á México las banderas que en aciagos días perdiera; aquí, con infinita y angustia que oprime el pecho, contemplará el cuadro de una travesura macabra que determina cambio tal en el carácter del protagonista, que de casquivano mancebo, tórnase éste ejemplar sacerdote, y así en cada uno de los demás percibirá poéticas armonías, alegres muchas, entristecedoras no pocas, pero siempre gratas, siempre dulces; relatos que halagan lo mismo á la inteligencia que al corazón.

Entre los *Cuentos* de Rafael Delgado aquí reunidos en haz encantador de variados matices y de suave perfume, figuran tres que, — si he de decir la verdad, y sólo la verdad, — no pertenecen al género de los que con propiedad son así llamados. Intitúlense *El Caballerango*, *La Gata* y *Tororo*. . . ! Yo los habría puesto al fin y por vía de apéndice, para dar con ellos una muestra de lo mucho que vale el autor como costumbrista. Lo es de talla tan elevada, que es lícito decir que podrá álguien entre nuestros escritores actuales igualarle tal vez, pero superarle nunca.

Páginas descriptivas y no cuentos son las que llevan por título: *Bajo los sauces*, *Crepúsculo* y *Mi Semana Santa*.

Me he detenido á hablar de los *Cuentos* tal vez más de lo que es pertinente en unas noticias como las presentes de mero carácter biográfico, sin pretensiones de análisis ó de crítica literaria, porque destinadas como están á figurar al frente de dichos trabajos, he creído que á ellos debía consagrar especial estudio, siquiera fuese con menor detenimiento del que merecen y que de buen grado llevaría á cabo.

Prevenida así la censura que podría hacerse-me por lo que dicho queda respecto á los *Cuentos* del encomiado novelista, pasemos á tratar con la brevedad posible, de sus tres producciones principales.

La primera de ellas, *La Calandria*, es una verdadera joya de nuestra moderna literatura. Fué publicada por primera vez en 1889 en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, y reim-